

Por José Luis Allo Falces

POESÍA

“La poesía es un arma cargada de futuro”

Gabriel Celaya

Este verso nacido en un poema de Gabriel Celaya y escrito hace más de 30 años nos puede hacer caer en la tentación de pensar en una frase dicha para quedar bien ante un grupo de amigos. Este poema fue musicado después por distintos autores, su principal intérprete fue Paco Ibáñez, y además, sirvió como eslogan en las primeras elecciones democráticas de 1977. Después fue utilizado como himno para reivindicar a toda una juventud que hasta entonces había tenido que iniciarse en la poesía en ediciones malas. Además sólo se publicaban oficialmente los poemarios de los adictos al régimen político de entonces. Esta juventud inquieta y revolucionaria empezó a acercarse a la poesía en tertulias de bar que se hacían a deshoras y con las puertas cerradas para evitar sorpresas nunca agradables. Se recitaban o cantaban versionadas por los cantautores más conocidos y nadie al final sabía quién había conseguido los discos o los libros de poemas, pero siempre había alguien que viajaba más o tenía más conocidos.

Después de tantos años de democracia y libertad, la poesía sigue siendo un arma cargada de futuro, desconocido, pero de futuro minoritario tal como están las publicaciones y sobre todo su lectura.

Hay poetas que escriben para sí y nunca publican, bien por pudor, o quizás por considerar que su obra no tiene la calidad suficiente para ser publicada, u otras razones que en el fondo tienen la misma justificación. Sin embargo, hay autores de discutible calidad que no dejan de escribir y publicar. Eso que a algunos tanto nos cuesta, otros lo tienen hecho; a veces basta con pertenecer a determinado grupo o conocer a determinadas personas para que las barreras prácticamente desaparezcan y se pueda publicar sin ningún problema más de un poemario al año. Estos ni discuten ni dejan de publicar por dudar de su



calidad. Hay poetas que se leen y otros que se consumen, quizás se consuman más que se leen. Confío en que esta tendencia poco a poco vaya cambiando y los lectores de poesía, que los hay, más de lo que parece, no nos sintamos extraños leyendo en cualquier lugar el poemario que nos apetezca, si eso es lo que queremos hacer. Bien es verdad que la mayoría de los lectores que se encuentran en itinerarios públicos, en bibliotecas u otros lugares de ocio y esparcimiento, leen más prosa que poesía.

También es cierto que la poesía no se vende amontonada como la prosa, promiscuamente anunciada y vendida. No hay más que ver en las grandes superficies cómo se amontonan algunos premios literarios y obras que son machaconamente anunciadas con meses de antelación a su publicación. La poesía no se expone así apilada, se busca y encuentra con más dificultad, y a veces ni se halla. También hay librerías importantes que simplemente le dan un valor menor. Así muchas veces, hay que indagar casi tanto como si buscáramos el más caro de los tesoros escondido en el más recóndito agujero (algunas veces lo es).

Es muy común escuchar, incluso a poetas eminentes, decir que la poesía es una cosa minoritaria. Por el tratamiento que recibe así lo parece. No se hacen ediciones de mucha tirada, si se publican diez mil volúmenes nos parece que estamos hablando de una hazaña; lo más normal es que se hagan ediciones de tres mil ejemplares como máximo, esto por no hablar de los cientos de autores que se autopublican en el conjunto del país. Poemarios que al final van a parar a los amigos, familiares y prójimos próximos que no compran, pero que aceptan de buena gana un libro de regalo. Si les pides una colaboración siempre salen con la cantinela del “no me gusta la poesía”. En estos casos, los

ejemplares que se editan no suelen pasar de trescientos, unos ejemplares que acaban parando en las estanterías de los trasteros o en el garaje de las nuevas casas donde las colecciones en prosa se compran por metros o colores, según esté decorado el cuarto de estar o desestarse, que nunca se sabe.

Con la recuperación de la ansiada libertad, los más ingenuos pensamos que aquello que tantas tardes-noches nos había reunido y disfrutado, iba a convertirse en una nueva y poética vida compartida por tantos como parecíamos. Tristemente ha quedado reducida a los mismos que entonces buscamos y encontramos en la poesía una forma de vida y libertad, a aquellos neófitos que nos reuníamos clandestinamente a escuchar unos versos que nos inflamaban el corazón y el pensamiento. Quizás entonces nuestra utopía nos parecía alcanzable y realizable; ahora, con tanto desengaño, es posible que algunos nos hayamos convertido en seres tan pragmáticos que sigamos leyendo poesía por pura contradicción.

Ojalá aquel arma cargada de futuro lo siga siendo para las próximas generaciones. A veces parece observarse un cierto auge en esta nueva juventud que nos ha de redimir de nuestros pecados. Ojalá lo haga por medio de toda esa poesía que se nos anuncia por medio de tanto premio literario, premios que sirven en muchos casos para darse a conocer, bien es verdad que casi siempre los ganan los mismos. Diremos que depende del jurado de turno, se oyen tantas cosas, pero de vez en cuando sale una voz joven que deslumbra y esto nos hace concebir esperanzas con respecto a lo que podemos esperar de esta nueva poesía.

A pesar de tanto foro literario donde se debaten casi todas las tendencias, lo cierto es que a las librerías siguen llegando pocos ejemplares, todo debido a la escasa demanda. Bien es cierto que en las librerías los ejemplares paran mas bien poco; hay leyes de mercado que imponen su fría doctrina. Se da la circunstancia, la mayoría de las veces, que en lugares donde se habla de literatura parece haber muchos más lectores de los que realmente hay. Esta contradicción se hace efectiva en el momento de pisar una librería; los estantes de poesía con respecto a la prosa no dejan lugar a dudas. Están siempre los

últimos o los más inalcanzables. Quizás se sea un iluso si se piensa que ambas deberían tener el mismo tratamiento, pero, me pregunto, y, ¿por qué no? Si la poesía tuviera la misma difusión mediática y promocional, quizás se pudiera hablar de ediciones de mayor tirada y lectura. Parece como si la poesía fuera la hermana bastarda de la literatura a la que hay de reducir a habitáculos poco concurridos con el fin de que no nos deje en mal lugar. Luego resulta que a la hora de querer hacernos los sensibles y románticos utilizamos los versos que siempre se aprenden, a veces, incluso se dice que determinadas películas son muy poéticas. Nunca un párrafo para conquistar a la persona que nos parece tiene una especial sensibilidad.

La poesía es y será un arma cargada de futuro bien guardada en los rincones de la memoria que de vez en cuando aparece como una primavera prematura inundando cada recoveco de nuestra existencia con esa sustancia tan maravillosa que hace crecer la fantasía. Una fantasía que conduce inexorablemente a imaginarnos una utopía más alcanzable. Pero nunca perdamos la esperanza de llegar a compartir toda la literatura en igualdad de condiciones. La poesía también es una forma de vivir, de pensar, de soñar. Sólo hay que descubrir en cada verso la esencia y la historia que se nos cuenta y dejarse llevar por nuestros a veces encorsetados sentimientos. Otras veces sólo hay que esperar a ser seducidos por su forma, su fondo, su música.

Hay ciertos convencionalismos usados por los que no se acercan a la poesía con asiduidad en los que la cantinela más repetida radica en decir o creer que la poesía tiene determinado grado de dificultad. Es cierto, hay poemas que lo tienen, de comprensión. Y en muchas ocasiones, debido al vocabulario empleado, un léxico con el que el poeta quiere seducirnos. Si mostramos un poco de interés y la paciencia suficiente para adentrarnos sin prisas y con la esperanza de encontrar elementos que nos induzcan a búsquedas más profundas, seguro que se da la conjunción entre el lector y el poema. Con la prosa cuesta un poco más esfuerzo y tiempo concretar, sobre todo pensando en su extensión, la determinación del tema o de los temas.



Y hablando precisamente de nuevas voces en la poesía, en este primer artículo me voy a detener en una voz femenina que con su segundo poemario ha conseguido aglutinar una serie de opiniones por diversas coincidentes. Esta nueva voz es la de Guadalupe Grande Aguirre. Mujer que nace en Madrid en el año 1965 y que es licenciada en Antropología social, ha colaborado en diversas publicaciones como crítico literario, atesorando además el ser hija de los extraordinarios poetas Félix Grande y Paca Aguirre.

Su primer poemario lo tituló “El libro de LILIT” y está publicado en la editorial Renacimiento; este segundo poemario lo edita en Calambur.

Lo primero que hay que destacar en este segundo poemario es su original encuadernación, muy a tono con el contenido del poemario. El poemario se llama “La Llave de niebla” y está compuesto por 27 poemas, algunos de los cuales la autora los ha dividido en varias partes que mantienen su propia identidad. Se tiene la impresión de que formaran un solo poema y que a la vez estuvieran integrados en su estructura general; como si las partes fueran un todo y se tratara de un único poema.

La voz lírica nos habla de una ciudad mostrada desde diferentes ópticas. Se hace hincapié en la relación de ésta con el campo, un campo que la poeta no ha vivido y que, sin embargo, tiene muy presente en la medida en que sus padres sí lo han hecho (sobre todo su padre). No es una poesía urbana, es una poesía y un poemario que habla de una ciudad, de la añoranza de espacios abiertos.

Los coches cuando circulan por las grandes avenidas se asemejan a los rebaños de cabras por los montes y caminos de ese pueblo que no ha conocido del todo.

En otros poemas la autora parece empeñada en recuperar para su madre países y ciudades que no ha podido conocer. Es como si con su visión de las ciudades nuevas ella quisiera hacer llegar a su madre imágenes nuevas, las mismas imágenes a las que ella está habituada en la ciudad donde vive. La nostalgia a veces llega hasta las cenizas de los abuelos a los que no ha conocido. Es una sensación de búsqueda en un pasado que no ha vivido, son recuerdos de otros que recuerda; todo, además, aderezado por esa niebla del título, sustantivo que se repite varias veces a lo largo del poemario en un intento de que la ciudad, como los poemas, quede cubierta por esa nebulosa en la que las formas no quedan nítidas y todo puede ser prefigurado y desfigurado.

Todo parece perdido en la niebla, y sin embargo todo existe, y los que parecemos perdidos somos nosotros; nos sorprendemos cuando la niebla iza su sombra y nos encontramos como por sorpresa con lo que ya existía. Es la misma sensación de pérdida que tiene uno a veces durante la lectura de este poemario; un sentimiento que dura hasta que la niebla desaparece y todo se hace comprensible de repente. Entonces sabemos que es falso, que ya existía lo intuido. Aceptamos la certeza de la belleza de unos versos muy bien hilados, en los que el fondo y la forma quedan imbricados en la misma percepción.

*Una luz encendida en cada casa,
Aquí,
En el borde sin límite de la penumbra.*

Son los tres primeros versos del poema Pañuelos de papel, (Pág.65)

*Yo no sé ver,
No entiendo lo que veo:
Jardines versallescos, templos,
Estaciones de trenes, estaciones de tiempo.*

Versos del apartado IV del poema Paso de museo (Pág.56)

Como se puede comprobar la poesía sigue siendo un arma cargada de futuro...